

# Al tren de Olot-Gerona en su último viaje

En las páginas de A B C del 15 del actual, la exlmla escritora Carmen Nonell ha dedicado un bonito artículo (como todos los suyos), al tren de Olot-Gerona con motivo de su inminente desaparición. En emocionada vibración de resonancia y desde las lejanas orillas del Tormes, sean estas líneas mi homenaje de despedida al tren romántico transportador de "esperanzas y sueños sin prisa", que yo vi nacer y acunar en mi remota infancia.



En 1892 se inauguraría tal vez el "carrilet" de San Feliu de Guíxols ya que no el tren de Olot, en cuyo caso la hermosa reina de la **Costa brava** hubiese entrado en la era del vapor "andante" cerca de un cuarto de siglo antes que la capital de La Garrotxa. Esto supuesto, ¡loados sean los guixolenses por tan señalado timbre de gloria!

En aquella fecha tal vez tuviera Olot un "aprendiz" de tren que yo recuerdo muy bien de mi primerísima infancia. Muy cortos, en efecto, serían mis años de a principios de siglo, cuando un extraño vehículo movido al vapor, sin vía férrea, como de las dimensiones de un coche de línea, se dedicaba al transporte de mercancías entre Olot y San Juan de las Abadesas, en combinación con los trenes de Barcelona. Con sus andares escasamente garbosos, con su negra y fea catadura, sus silbidos de serpiente airada, sus ruidos metálicos y sus bocanadas de humo, vapor y fuego, sólo le faltaba el olor de azufre para ser una auténtica máquina infernal (\*). Tal era de aparatoso el inofensivo locomóvil que poco a poco fue desapareciendo sigilosamente. Muchos años después lo volví a ver, pasado de moda, yaciendo el sueño de los justos en el rincón de los trastos viejos de la Sociedad Anónima de Transportes de Olot.

Fue en torno de 1910 cuando la construcción del ferrocarril Olot-Gerona entró en su etapa final, habiendo podido presenciar el trazado de la vía férrea comprendida entre la estación y San Roque—cuya ermita, hoy parroquia, está en manos de mi sobrino Mosén Alfonso Nogareda—a medio kilómetro escaso del núcleo de la ciudad. A unos 200 metros, tal vez menos, de la estación vi abrir, con cierta curiosidad, el típico diminuto túnel que atraviesa el montículo de San Roque.

Me equivocaría en muy pocos meses si afirmara que la inauguración tuvo lugar en 1911. Por las muchas flores que vi y la mucha música que oí en aquella memorable ocasión, muy bien pudo haber sido por primavera, en su mes de mayo, cuando hace la calor...

Que por mayo era por mayo  
cuando hace la calor,  
cuando los trigos encañan  
y están los campos en flor.  
Cuando canta la calandria  
y responde el ruiseñor...

romance que luego más tarde aprendería, al compás de las ruedas del tren, camino de la Retórica del Instituto de Gerona. Entre las autoridades presentes figuraría, a buen seguro, el alcalde de la ciudad Don Juan Meroles, de quien conservo su firma al pie de un certificado escolar de aquellas fechas. Como representante del Clero, encargado de la bendición, recuerdo al Dr. Antonio Doltra, asiduo colaborador de "El Deber", el semanario local precursor de "La Tradició Catalana".

Para tan magno acontecimiento se había calculado la hora del mediodía para la llegada del tren inaugural procedente de Gerona, pero en pleno, avanzado, trayecto, un simple, asaz inoportuno, corrimiento de tierras, interceptó la vía, acarreado el retraso del tren—ya que no su descarrilamiento rumoreado por voces pesimistas—. En consecuencia, la recepción se aplazó para las cinco de la tarde, del mismo día. De ahí la aforística expresión: "el tren d'Olot surt quan vol i arriba quan pot". La mala estrella se ensañó con el pobre tren desde el día de su nacimiento.

En la cita de la tarde hubo puntualidad. "Por su propio pie", sano y salvo, el tren llegó a la hora prevista. En su marcha majestuosa, fuése frenando paulatinamente hasta detenerse en su sitio, con exactitud geométrica. El silbido de la máquina, iniciado a la entrada del túnel de San Roque, subió de tono en sus últimos momentos hasta resonar a coro con todas las montañas circundantes. Fue su saludo y su signo de victoria que, de eco en eco, se propagó hasta los últimos confines de La Garrotxa.

Entre los personajes que venían en el tren, destacaba una figura de leyenda, un glorioso militar, a la sazón Capitán general de Cataluña, quien, en nombre de S. M. el Rey Alfonso XIII, venía a presidir la inauguración. Me refiero, en efecto, al inconfundible General Weyler, de origen mallorquín, de tanto renombre por su actuación en la Guerra de Cuba, el "pacificador" de Barcelona después de la "semana trágica", y, en fin, el mismo General Weyler que muchos años más tarde volvería a ver, estudiante en Madrid, paseando por las amplias avenidas de "su" Paseo de Rosales.

**CARLOS NOGAREDA**

Salamanca, 20 mayo 1969.

(\*) Me viene a la memoria el efectivo terror que en un principio imponía el "Clermont", el famoso primer barco de vapor que surcó los mares, inventado por Fulton en 1807. Se lee en la historia de la Ciencia que en su primera travesía, Nueva-York - Albany, agosto 1807, no tuvo ningún pasajero. En el viaje de retorno un solo valiente se arriesgó en la aventura, el francés Andrieux, a quien Fulton, emocionado, no quiso cobrar los seis dólares importe del pasaje, primer fruto de su maravilloso invento que tantas privaciones y sinsabores le proporcionara durante su laboriosa gestación.